



CARLOS AGANZO

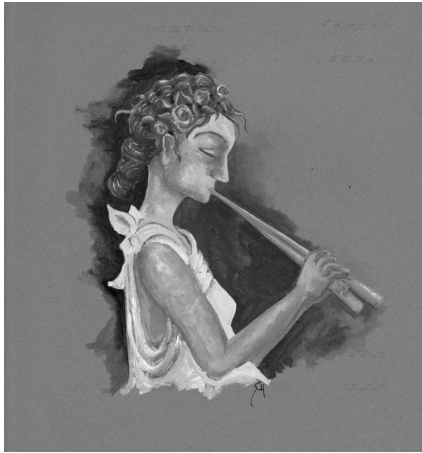
LAS FLAUTAS DE LOS BÁRBAROS

ARS  POETICA

LAS FLAUTAS DE LOS BÁRBAROS

Carlos Aganzo

LAS FLAUTAS DE LOS BÁRBAROS



ARS  POETICA

Carlos Aganzo

LAS FLAUTAS DE LOS BÁRBAROS

colección

| BEATUS ILLE |

ARS  POETICA
boutique de poesía

Las flautas de los bárbaros

CARLOS AGANZO

Colección: BEATUS ILLE

Dirección editorial: ILIA GALÁN

Ilustración de cubierta:

SUSANA SAURA

© 2017 Carlos Aganzo

© 2017 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.

[Sociedad editora]

Mieres de Limanes, 17

33199 Siero - Asturias (ESPAÑA)

Tel. administración: (+34) 985 792 892

Tel. pedidos: (+34) 984 044 471

info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: marzo, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-946786-8-4

ISBN (edición digital): 978-84-946786-9-1

Depósito Legal: AS 00334-2017

Impreso en España

Impreso por Ulzama

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Barbarus his ego sum, quia non intelligor ulli»
(El bárbaro aquí soy yo, porque nadie me entiende)

Ovidio, *Tristia*

«En el pabellón del oeste pronto resonarán
las flautas de los bárbaros»

Li Qingzhao

POEMA INICIAL

El té sobre los besos derramado
y en la mesa mil libros
como ramas de almendro
movidas por el viento de los bárbaros.
Tu suave piel, tus dulces acertijos
jugando con la voz de los poetas
que bebieron el vino
y besaron los labios de las rosas
delante de nosotros.
Todo más bello aún,
más alto, más intenso
por saber que se acaban
los racimos de música
y la antigua fragancia de los tilos.

Tu piel estremecida. Tus ojos arrasados.
Un suave tintineo de cristales.
Mil caballos sin ojos que galopan
hasta estrellar su rabia contra el mundo.

LAS FLAUTAS DE LOS BÁRBAROS

I

No he olvidado, Pegaso,
el sonido de tus cascos rompiendo la pradera,
el chapoteo fresco de los manantiales
surgiendo a nuestro paso
y la fuente Hipocrene
riéndose del tiempo y el espacio
tan cerca y lejos de Roma...
Que bien saben las ninfas de esta tierra
cereal y bendita por Cibeles
que te sobraron alas
para hacerme volar sobre la niebla
y el ansia del camino...

Ahora que estoy sentado entre las sombras
de esta tarde infinita,
esperando a que el bárbaro
ponga su pie desnudo en las teselas,
pienso en ti, mi buen amigo, el que me aguarda
en el monte Helicón,
donde pace el ganado de los dioses.

II

Desde fuera la casa
es una fortaleza inexpugnable
donde escriben sus dísticos
los hombres escogidos y envidiados;
santuario interior
donde las llamas silban una música
que el corazón entona y fortalece,
a resguardo del viento y la cellisca,
del aliento salvaje de los lobos;
a salvo del dolor.

Mas por dentro la casa, amiga mía,
es un ascua de luz, es un aroma
de sabor encendido,
un fuego que devora,
una dulce tormenta
donde sólo hay espacio
para la roja flor de la lujuria;
un tiempo que se pierde
y ni sabe de flautas ni atambores
en la verdad profunda de unos ojos
que han nacido en la luz.

III

La sombra del dolor se manifiesta,
como negra muralla de silencio,
en mitad de los días más azules;
tiñe de gris las buenas intenciones,
y surte la nostalgia como surte
los presagios más negros.

Sólo el dulce placebo de unas manos,
donde habita el consuelo del instante,
nos permite subir hasta el Olimpo
con las piernas ligeras,
con la sed del que labra la memoria
a la exacta medida de sus sueños.

Si te da miedo el aire,
toma tu lámpara y sal a campo abierto;
que los lobos del monte
no te encuentren dormida.

IV

A salvo el corazón, lejos del hielo,
en el último refugio del camino.
A salvo el corazón, que no se rinde
por oscuras que sean
las razones del mundo.
A salvo y embriagado
en el íntimo licor que se le ofrece
cuando abre sus labios
hacia el cáliz de Hebe,
y se bebe los posos de la noche,
y espera con las velas consumidas
el primer esplendor de la mañana.

V

El jabalí regresa a por lo suyo.
El almizcle de su olor llega enredado
en los dedos del aire.
No tiene dónde ir como no sea
al refugio de encinas
que perdieron un día sus mayores.
Le tiene miedo al miedo,
y sin embargo en las noches se extasía
mirando la ciudad iluminada.
Alguien dijo que el lobo de sus sueños
también ha regresado,
pero ante tanta luz, tanta belleza,
es difícil creerlo.
Tiene el hocico frío
y el corazón caliente de un guerrero.

VI

Como erupción de vida
en los desmontes de la primavera,
las amapolas gozan
del aroma apacible del instante.
No se acuerdan de ayer
y saben que mañana
no está escrito en los planes del verano.
Quien pudiera, inconscientes amapolas,
afrontar cada día
ignorando el perfume de la muerte.